

Santos – Círculo

Desde mi memoria:

RAFAEL EN “EL NOTICIERO” Y EN “BELLAS ARTES”

Podría decir que Rafael Santos Torroella fue, en cierta manera, mi maestro. No lo fue como profesor en mis años de alumno de la Escuela Superior de Bellas Artes de Sant Jordi (1951 – 1957). Escuela en la que empieza a impartir docencia en 1960. No lo fue tampoco en lo que podríamos entender como “profesor de pintura “. No era este el tema. Lo fue sí en lo que hace referencia al conocimiento del mundillo del arte, al mundo de la cultura, en esos primeros años de mi formación en los que, por mi vinculación con “El Noticiero Universal” ingreso en su círculo de amistades. Ello ocurre en el año 1953, año en el que como enviado especial del periódico asiste, con la expedición de críticos españoles, a la Bienal Hispanoamericana de La Habana iniciando con ello su colaboración en el mismo y cuyas páginas de Arte, bajo el título de “Dietario Artístico”, va a dirigir a partir de 1.960 durante más de veinte años.

Esta primera formación mía está, pues, vinculada al abanico de saberes y a ese otro saber más abstracto de las actitudes frente a la realidad de lo que era el mundo del arte de los que Rafael, con la intuición del buen pedagogo, me impregna. “La Academia Breve de Crítica de Arte”, “La Gaceta de las Artes”. “Insula”. “Revista de Ideas Estéticas”, “Cobalto”, A.D.L.A.N.... Junoy, Foix, Miró, Ferrant, Mathias Goeritz, Dalí, Coderch, Riba, Manent, Bergamín y un largo etcétera no eran sólo títulos o nombres, eran conceptos y actitudes que en aquellos años de negra postguerra

formaban parte de su mundo. Fueron tiempos en los que había que aprender a seleccionar, a asimilar. Ahí radicó su maestrazgo. Eran títulos, nombres, conceptos e ideas que la Escuela de Bellas Artes me negó.

En “vivo” disfruté y algunas veces sufrí, por su carácter vehemente, durante la década de los sesenta de su “Dietario Artístico”. Sentados en mi mesa de trabajo en la redacción del periódico, el uno frente al otro compaginábamos a dúo, ordenando e intentando encontrar espacio suficiente para la abundante documentación, escrita y de imágenes que, junto a la pasión por lo que hacía, traía todas las semanas en su carpeta. Fueron horas intensas y hermosas, en contraposición con la penuria de la cultura oficial del momento, en las que comentaba y discutíamos las diferentes exposiciones y me hablaba ya de ese “...algo más que las palabras” que escribió en su último poema.

En “El Noticiero Universal” dejó constancia, a veces no exenta de fuerte polémica, de su mirada y su saber en largos, documentados y profundos escritos de las más relevantes exposiciones tanto nacionales como internacionales, publicados, algunos, en páginas o suplementos especiales – suplementos cuyas portadas fueron ilustradas con dibujos originales de, entre otros, Tàpies, Jaume Mercader o Tharrats – no olvidando dedicar también su atención a prácticamente todo lo que se exponía en las Galerías por pequeño o marginal que pudiera parecer. No sería falso decir que se lo veía todo y que de todo dejaba su comentario.

Ignoro si este material, esta historia de dos décadas de la vida artística barcelonesa se conserva en alguna hemeroteca aparte de en su propio archivo. La desaparición de “El Noticiero” y la forma en que esta se

produjo me hace temer lo peor. Lo más relevante de lo publicado entre los años 1.960 y 1.965 en selección del mismo Rafael Santos Torroella queda recogido en “Del Románico al Pop Art” de la Editorial E.D.H.A,S.A., dirigida entonces por Guillermo de Torre y algún artículo posterior en “Revisiones y testimonios”, (1.969) de la Editorial Taber.

Rafael Santos Torroella ejercía la crítica de arte desde la proximidad de la mirada. Es decir: no era el que la ejerce desde la distancia del historiador, ni del alejamiento del licenciado. Diría que su mirada estaba en la pintura misma. La proximidad con que ya en sus años infantiles y de adolescente vivió el arte, inclinación fomentada por su padre y por la formación que en la práctica artística recibió, junto con su hermana, la pintora Ángeles Santos, de Cellino Perotti, viejo pintor italiano afincado en aquellos años, como la familia Santos, en Valladolid. Esta vinculación con el dibujo y la misma pintura no la abandonó nunca. Quedan como testimonio centenares de retratos que como galería de personajes Maite guarda en sus archivos junto a innumerables acuarelas y notas de viaje que nos hablan de sus recorridos. Esta inclinación y la mirada de pintor queda siempre latente en sus escritos y también en la generosidad y comprensión que tuvo para con los artistas de varias generaciones, artistas con los que gustaba reunirse compartiendo tertulia. Famosa fue en la Barcelona de esos años la “Penya de la Punyalada” en la que artistas, coleccionistas y aficionados de distinto color, se reunían en torno a su figura.

Con esa amplia forma que tenía de ver y vivir el arte, en la que por su forma de ser no marginaba tendencias ni estilos no es de extrañar

que su nombramiento en el año 1.960, como Catedrático Interino de la asignatura de “Pedagogía del Dibujo” de la Escuela Superior de Bellas Artes de Sant Jordi de Barcelona, en la que se titulará algo más tarde como profesor de dibujo impartiendo la asignatura de Ampliación de la Historia del Arte, asignatura que centra especialmente en torno a las corrientes estilísticas en España y fuera de ella, desde Goya hasta aquel momento, moviera los cimientos de las excesivamente conservadoras enseñanzas artísticas que en muy corto espacio de tiempo, con ese nuevo impulso que le imprime, va a reflejarse en la credibilidad que van a tomar los estudios de Bellas Artes al surgir en el panorama de la Barcelona artística de mediados de los años sesenta unas generaciones que ya no ocultan en sus curriculum su paso por la Escuela. Santos Torroella, desde su clase, abre Bellas Artes, hasta aquel momento demasiado encerrada en si misma, a la ciudad, a la polémica, y surgen artistas jóvenes de la figuración que van a cuestionar el Informalismo y la Abstracción. Apadrina grupos y exposiciones de estos alumnos –Arranz-Bravo, Bartolozzi, Llimós, Gerard Sala en la desaparecida Sala Gaspar-, o años más tarde, el grupo “minimalista” y de poesía visual de Xavier Franquesa, Salvador Saura, Carles Camps, Jordi Pablo y Santi Pau también en Gaspar, e introduce en sus clases teóricas la realidad de la práctica con visitas y charlas de distintos artistas o historiadores (Tàpies, Ramón Gaya, Alfonso Pérez Sánchez...) algo realmente insólito en aquellos años. En la Escuela y más tarde en la ya Facultad de Bellas Artes ocupa cargos de responsabilidad: Secretario (1.962), Subdirector (1.972), Vicedecano de Extensión Cultural (1.982) y organiza y dirige diversos viajes de estudios y otros eventos: a

Madrid con motivo de la gran exposición Zurbarán (1.963), organiza la exposición “Julio Antonio” en la misma Escuela de Bellas Artes (1.969), pronuncia el discurso de apertura del curso académico 1.972-73 de la misma, desarrollando el tema de “Las Escuelas de Bellas Artes ante el reto del arte actual”, viaje de estudios a Francia y Países Bajos; y a Aviñon con motivo de la exposición “El último Picasso” (1.970), viaje de estudios a Grecia y Egipto (1.976), viaje de estudios a Nueva York, Filadelfia y Washington (1.979), a París con motivo de la exposición (París-Moscú) (1.979), etc. En 1.981 lee su tesis doctoral que versa sobre el cuadro de Salvador Dalí “La miel es más dulce que la sangre” (Seix-Barral, 1.984) por la que obtiene la más alta calificación. Su densa vida académica se ve compensada al ser nombrado, al jubilarse en 1.986, como profesor emérito.

Nuestra última colaboración, siendo yo Decano de la Facultad fue, con él ya jubilado de su Cátedra, la publicación, en los primeros años noventa, de la pequeña colección que con el título de “Breviarios”-“Les Arts i els Artistes” (1.993-1.996) editamos en la Facultad de Bellas Artes conjuntamente con la Universidad de Barcelona, cuyos primeros números, con el entusiasmo y la dedicación de siempre, dirigió. Los diez títulos de que consta la colección se iniciaron con un “Goya desde Goya” de su autoría.

Este escrito he querido hacerlo desde el recuerdo de dos sitios en los que coincidimos –“El Noticiero Universal” y “Bellas Artes”- y aparte de algún título y la precisión de las fechas que sí he consultado de su

biografía, lo comentado no deja de ser más que la memoria de tiempos muy especiales, algunos de ellos con mejor o peor fortuna, de alguna manera compartidos.

Joan Hernández Pijuan

Folquer, verano del 2.003